

Por último, quisiera insistir en un detalle que he mencionado de pasada más arriba: la ausencia de confrontación con la investigación sobre Marcos. Esto se advierte en una lectura rápida de las notas a pie de página. La mayoría de ellas se refieren a obras del propio autor y tratan de justificar la opción por el código Beza. Son prácticamente inexistentes las que remiten a monografías y artículos especializados sobre la composición y la redacción de Marcos. Repito que me parece laudable haber enfocado el tema desde otra orilla, pero habría sido útil tener en cuenta de forma explícita lo que otros han averiguado.

A pesar de estas observaciones críticas, he de reconocer gustosamente que la lectura de este libro abre nuevos horizontes a los estudiosos del Nuevo Testamento y aporta numerosas sugerencias. Ciertamente no es un libro para el gran público, pero no debería faltar en las bibliotecas especializadas.

Santiago Guijarro Oporto

Graham N. Stanton, *Jesús y el evangelio*, DDB, Bilbao 2008, 332 pp.

Bajo un título que puede despistar a lectores interesados en conocer mejor a Jesús y el contenido de su evangelio, este libro reúne una serie de trabajos que tratan, sobre todo, acerca de la transmisión y recepción de los evangelios. Algunos de ellos habían sido publicados previamente, pero fueron revisados antes de incluirlos en esta recopilación.

El libro consta de nueve capítulos. El primero de ellos es una breve introducción que explica la relación que existe entre los diversos estudios y los contenidos de los que tratan. Los otros ocho están distribuidos en tres partes. La primera lleva por título “Jesús y el evangelio” y contiene cuatro trabajos dedicados a la evolución del término evangelio y al proceso de transmisión de las tradiciones sobre Jesús y de los evangelios. La segunda, titulada “Jesús” contiene los dos únicos artículos que tratan aspectos directamente relacionados con él. La tercera, en fin, bajo el título “Los evangelios y los códigos en papiro”, recoge dos trabajos sobre la más antigua tradición manuscrita de los evangelios y la importancia de su estudio. Al final se ofrece una bibliografía de las obras citadas y un índice general que incluye temas y autores.

Como el mismo autor reconoce en la introducción, el capítulo segundo, que ocupa casi una cuarta parte del libro, es el más importante y original. Lleva por título “Jesús y el evangelio”, y es un estudio sobre el uso y la evolución del término ‘evangelio’ entre los primeros cristianos. Stanton coincide con otros investigadores en vincular el uso profano de este término al culto imperial, pero se pregunta cuándo y con qué sentido comenzaron a utilizarlo los primeros cristianos. Aunque Jesús pudo haber recurrido a las palabras de Is 61,1-2 para describir su misión, no es probable que haya utilizado el término evangelio. Su origen debe buscarse en otro lado y las mejores pistas para ello se encuentran en las cartas de Pablo, aunque se trata de un término que Pablo heredó ya como parte del vocabulario cristiano. Pudo haber comenzado a utilizarse en Palestina y Siria a finales de los años cuarenta, cuando Calígula ordenó colocar una estatua suya en el templo de Jerusalén, provocando una gran conmoción en el mundo judío. Pablo lo utiliza con más frecuencia en las cartas a las comunidades de las ciudades en las que dicho culto parece haber sido más activo (Galacia, Tesalónica y Filipos). Con el tiempo, esta palabra, que había pasado a formar parte del lenguaje cristiano, comenzó a utilizarse para designar los escritos que contenían el evangelio. Stanton se pregunta quién fue el primero en utilizarla con este sentido y propone revisar la opinión más común, que sitúa dicho uso a mediados del siglo II d. C., asignando tal novedad a Mateo, en cuyo evangelio encuentra indicios de este nuevo uso. A lo largo del estudio hay interesantes observaciones inspiradas en la sociolingüística, que ayudan a entender y valorar la evolución que experimentó el uso cristiano de este término.

Los capítulos tercero y cuarto estudian diversos aspectos de la evolución y recepción de la tradición sobre Jesús en el siglo II d.C. El tercero, titulado “El cuádruple evangelio” parte de un interrogante que tarde o temprano se hacen todos los que se acercan a los evangelios: ¿Por qué la iglesia aceptó cuatro evangelios concretos y sólo esos cuatro? Aunque este dato aparece claramente en los escritos de Ireneo, el proceso que llevó a privilegiar los cuatro evangelios que más tarde serían reconocidos como canónicos puede rastrearse a lo largo del siglo II d.C. en el llamado Canon de Muratori y en los escritos de Justino, pero también es visible en los antiguos códices que incluyen varios evangelios. Este hecho tiene un profundo significado del que la reflexión teológica no puede prescindir.

El capítulo cuarto, titulado “Las tradiciones sobre Jesús y los evangelios en Justino Mártir y en Ireneo” complementa el estudio del capítulo precedente haciendo notar la valoración y el recono-

cimiento que revelan los escritos de estos dos autores sobre los recuerdos sobre Jesús y los evangelios escritos. La cuestión de fondo que preside este estudio y el precedente es la de la formación del canon.

La primera parte concluye con el capítulo quinto, un estudio puntual de la expresión “la ley de Cristo”, que Pablo utiliza en Gál 6,2 y en 1Cor 9,21 en un sentido restrictivo, pues no incluye las enseñanzas de Jesús. Sin embargo, cuando se tiene en cuenta el significado que dan a esta expresión otros escritos del Nuevo Testamento y, sobre todo, los escritores eclesiásticos del siglo II, el énfasis cristológico de Pablo puede resultar enriquecedor para la incorporación de esta categoría a la reflexión cristiana.

La segunda parte del libro contiene los dos únicos estudios que tratan directamente sobre Jesús. Ambos capítulos se centran en las reacciones negativas que suscitaron tanto su actuación como su resurrección. Las acusaciones que provocó la actuación de Jesús se estudian en el capítulo sexto, que lleva por título “Jesús de Nazaret: ¿Mago y falso profeta que engaño al pueblo de Dios?”, mientras que “Las primeras objeciones a la resurrección de Jesús” constituyen el objeto del capítulo séptimo. En ambos capítulos, Stanton procede desde adelante hacia atrás, es decir, comienza su investigación analizando datos claramente documentados en el siglo II d.C. y, desde este punto firme, trata de rastrear el origen de dichas acusaciones y objeciones. Tal forma de proceder ayuda a descubrir que estas polémicas están ya presentes de forma velado en los textos evangélicos y que tienen un origen muy antiguo. La acusación de magia era una forma de deslegitimar la enseñanza de Jesús, lo mismo que la acusación de estar poseído, que es más común en los evangelios. El intento de deslegitimar a Jesús se dio desde el comienzo de su ministerio, de igual modo que las objeciones a su resurrección aparecieron junto al mensaje pascual. Sorprendentemente este segundo aspecto, que tiene implicaciones teológicas, ha sido poco estudiado.

La tercera y última parte del libro incluye también dos capítulos muy relacionados entre sí, pues ambos tratan sobre los antiguos códices de papiro desde diversas perspectivas. El capítulo octavo aborda un enigma, que se formula en la pregunta del título “¿Por qué tuvieron preferencia por el código los primeros cristianos? La “devoción” que mostraron los primeros cristianos por el código ha planteado muchas preguntas desde que se publicaron los papiros de la colección Chester Beatty, y éstas no han hecho más que aumentar a medida que se han ido publicando otros papiros cristianos. Es

un hecho innegable que el uso generalizado del códice en lugar del rollo a partir del siglo IV d.C. se debe al uso cristiano, pero ¿por qué esta preferencia? En los últimos años se han propuesto varias explicaciones, pero ninguna de ellas ha resultado del todo convincente. Stanton ofrece nuevos datos y una explicación sensata que tiene en cuenta los predecesores del códice (tablillas de cera y de folio, cuadernos de notas, etc.), sin descartar otros factores de tipo práctico (portabilidad, economía, etc.) ni la más que probable intención de expresar a través de esta elección la novedad del cristianismo. Teniendo en cuenta que este tipo de soporte era más barato que el que se usaba habitualmente para las obras literarias, y que estaba relativamente difundido, no habría que descartar que papiros sueltos o en forma de cuadernos de notas hayan sido utilizados para copiar textos bíblicos seleccionados (*testimonia*), las cartas enviadas por Pablo y otros misioneros cristianos, e incluso las palabras de Jesús. Es una hipótesis razonable que puede servir de contrapunto a una excesiva insistencia en la tradición oral como única forma de transmisión de los recuerdos sobre Jesús, aunque no debe olvidarse que el uso de la escritura en una cultura oral tiene características peculiares.

El capítulo décimo trata de responder a una pregunta tradicional desde una nueva perspectiva, como indica su título: “¿Qué son los evangelios? ¿Proporcionan los papiros nuevas pruebas? Como otros autores han puesto de manifiesto, los antiguos manuscritos cristianos no sólo informan acerca de los textos que contienen, sino que pueden ofrecer datos preciosos sobre la naturaleza de estos textos y el valor que tenían para los primeros cristianos. Stanton examina desde esta perspectiva todos los manuscritos de los evangelios de la época pre-constantiniana que han llegado hasta nosotros y, a partir de este análisis, cuestiona la convicción bastante difundida de que la preferencia cristiana por el códice hizo que sus escritos fueran menos cuidados y elegantes. Partiendo de una sencilla tipología que distingue entre la caligrafía de documento (menos cuidada) y la caligrafía de libro (más cuidada), demuestra que en los antiguos papiros cristianos puede encontrarse una gama parecida a la de otros cuerpos de escritos. Muchos de estos papiros cristianos, entre ellos el más antiguo de todos (P⁵²), están escritos en una caligrafía elegante, que revela mucho sobre su uso y valoración. Los evangelios se copiaron para ser leídos en privado, pero también en público y fueron, desde el comienzo, textos muy valorados.

Este libro aborda una serie de temas sobre los que desgraciadamente existe muy poca bibliografía en español. El estudio sobre el

uso del término evangelio se distancia del tratamiento manualístico de este aspecto, que necesita ser revisado; ofrece sugerencias interesantes sobre los primeros estadios del proceso que llevó a designar a los libros sobre Jesús de este modo, aunque en mi opinión no prueba suficientemente la tesis de que fue Mateo el primero en utilizarlo para referirse a un texto escrito. Los dos estudios sobre la recepción de los evangelios y de la tradición sobre Jesús en el siglo II plantean de forma seria y documentada el proceso de selección y reconocimiento de los evangelios, que es imprescindible para entender la formación del canon. También son muy interesantes los dos estudios sobre los primeros papiros cristianos, la preferencia por el códice y el tipo de caligrafía. Estos cinco estudios habrían configurado una obra más homogénea, aunque la inclusión de los dos capítulos de la segunda parte abre una interesante puerta de acceso a Jesús desde el punto de vista de sus adversarios. Todos los trabajos contenidos en este libro reflejan la convicción de que el estudio de Jesús y de los evangelios debe tener presente los textos y los manuscritos del siglo II d.C. Los dos primeros siglos del cristianismo constituyen lo podríamos llamar su “periodo de formación” y los procesos que se dieron en ellos no se perciben bien cuando sólo se tienen en cuenta los textos canónicos. Esta es, a mi modo de ver, una aportación muy notable de los estudios contenidos en este libro.

La lectura de este libro abrirá nuevas perspectivas a especialistas y otras personas interesadas en el proceso de transmisión y recepción de los evangelios. Es un libro serio y bien fundamentado, aunque eso no significa que todas sus conclusiones sean igualmente válidas. A lo largo de la recensión he ido haciendo ya algunas observaciones críticas, a las que cabría añadir otras más puntuales. En conjunto, sin embargo, merece una cordial bienvenida.

Santiago Guijarro Oporto

Jean Zumstein, *L'Évangile selon Saint Jean (13-21)*, Labor et Fides, Genève 2007, 323 pp.

Resulta llamativo que la publicación de este nuevo comentario al Evangelio según San Juan comience por la segunda parte de la obra (Jn 13-21). Pero el autor explica esta anomalía ofreciendo una buena razón: dado que la clave del cuarto evangelio se encuentra en los discursos de despedida (Jn 13-17), su estudio debe comenzar por esta parte del libro. Jean Zumstein es actualmente catedrático de